

suyas. Esperó largo rato, pero aquel jóven había caído en una especie de sopor profundo; sus miembros estaban laxos, su respiración concentrada interrumpía á intervalos su regularidad para dejar escapar largos y profundos suspiros.

Logró Luísa al cabo de mucho tiempo que Gumesindo se reclinara en el sofá y con la ayuda de dos almohadones le hizo tomar al fin una postura cómoda para el descanso.

Algunos minutos después Gumesindo dormía profundamente, y Luísa se escurrió de puntillas de aquella habitación entornando la puerta.



## CAPÍTULO XII.

**N**O tardó D. Trinidad en empezar á comprender que el deseado viaje á la capital de la República tenía más riesgos y tropiezos de los que él se había figurado desde un principio. No había transcurrido aún una semana desde su arribo, y ya Gumesindo había faltado dos noches de su casa, y no era esto lo que le alarmaba, sinó que Clara, su hija, no podía disimular que aquel jovencito, amigo de su hijo, el elegante Manuelito, había hecho en ella una impresión profunda.

—¿Sabes, Candelaria, le decía D. Trinidad á su mujer, que ya me va cargando México?

—¡Qué descontentadizo eres, Trini! le contestaba su mujer; no te puedes quejar de que no nos hemos paseado; yo estoy hecha pedazos, pero la verdad estoy muy contenta.

—Oye, mujer, yo no me refiero precisamente á las diversiones y paseos, supuesto que no hemos hecho otra cosa desde que llegamos más que divertirnos; pero me parece que nuestros hijos están corriendo un gran peligro.

—Peligro, de qué?

—Vamos, veo que eres muy poco maliciosa.

—Realmente, no caigo....

—¿Qué te parece el jovencito que nos visita?

—Quién, ¿Manuelito?

—El mismo.

—Pues me parece un muchacho excelente. Yo no puedo menos que agradecerle que me viniera cargando dulces, cuando supo que me gustan tanto. Qué interés puede tener en mí el pobre muchacho?

—En tí, ya se ve que no; pero....

—Ya sé lo que me vas á decir, en Clara. Mirá, te diré que á la muchacha creo yo que no le parece mal; pero él, es un jóven acomodado que probablemente aspirará á la mano de una de las principales muchachas ricas de la capital. Clarita le ha de parecer ranchera, apesar de que ya ves como nuestras hijas, las pobrecitas, han hecho su papel en estos días, como si hubieran nacido en la capital; y eso que todavía no les ha acabado la modista sus vestidos color de oro viejo, por lo que están tan alborotadas, y cuando se los pongan ya verás qué curras van á parecer. Como que, á propósito de esos vestidos, acaban de recomendarme mis hijas por la centésima vez, que te compres otro sombrero y tu levita negra. Dicen, y tienen razón, que es necesario que toda la familia se presente como se debe en todas partes, porque ellas ya han oído hablillas y críticas con motivo de tu sombrero ancho y del traje de Gumesindo.

—Bueno, ya sabes que me van á traer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, N.M.

sorbete y que voy á hacer el sacrificio de ponérmelo sólo por darle gusto á las muchachas. Pero volvamos á mi cuento: yo temo que prolonguemos mucho nuestra permanencia en la capital, porque Clara y Gumesindo corren peligro. Gumesindo anda inquieto y....

—Ya vas á maliciar del muchacho, cuando el pobrecito, alma mía de él! es un santo. Desde la otra noche andas tú con que aquí hay mujeres malas: el mismo Sr. Gutiérrez me las ha enseñado en la calle; y oye, te confieso francamente que me parecen esas malicias del Sr. Gutiérrez muy aventuradas, y tal vez les quita el crédito á personas honradas. Veá V., me decía: esa, esa que va allí, de vestido de raso azul, es una de ellas.—¿Cual?—Aquella, la del vestido azul y zapatos azules, que anda muy espacio, y con mucha majestad y señorío. Esa? le pregunté espantada; esa le parece á V. que es una mujer mala? ¡Ah, que usted, Sr. Gutiérrez! le dije, porque no pude menos. Antes de hablar mal de una perso-

na, es necesario conocerla; yo no puedo creer que esa señora sea mala como usted dice. Mírela V. con qué dignidad anda y se pasea. No voltea la cara, no saluda á los hombres, y desde luego se puede asegurar que es una señora decente. El Sr. Gutiérrez se sonrió, pero no insistió en probarme que aquélla fuera una mujer mala, y seguramente le remordía la conciencia por su ligereza en juzgar á las gentes.

Yo también, apesar de mi experiencia y de mis años, te confieso que no me atrevía á creer al Sr. Gutiérrez; pero oye, Candelaria, por vida mía que tiene razón. Hoy las mujeres malas son más lujosas que las buenas, se visten mejor y gastan más dinero que las ricas.

—Eso es lo que me dice el Sr. Gutiérrez, pero yo creo que son cosas suyas.

—No, mujer, ya lo he averiguado.

—Cómo!

—Mira, el cómo.... no te lo podré explicar perfectamente, pero el hecho es que el Sr. Gutiérrez tiene razón.

—Hum! hum! refunfuñó D.<sup>a</sup> Calendaria, no sé por que me parece que ese género de averiguaciones en que te has metido nos va á traer quebraderos de cabeza, y mira, Trini: eso sí me haría aborrecer á México y pedirte que nos marchemos á nuestro pueblo lo más pronto posible.

—Ah, luego convienes en que tratándose de esas mujeres, que parecen señoras, hay algún peligro.

—Ya se ve que sí.

—Pues á ese peligro me refería precisamente al tratarse de Gumesindo, y tú exclamaste, ¡alma mía de él que es tan bueno! Aquí no se trata de si Gumesindo es bueno ó no lo es, sino de que las ocasiones en esta gran ciudad son tantas, que los jovencitos no pueden menos que perderse por buenos y por moralizados que se les suponga. Tú debes comprender cuanto atractivo tendrán para un joven de veinte años, una de esas mujeres elegantemente vestidas, que reciben á sus amigos en casas amuebladas con lujo...

—Oiga! Conque también sus casas son lujosas!

—Vaya, si vieras qué camas de latón y que....

—Cómo! cómo es eso! tú has visto esas camas de latón, Trinidad? tú las has visto con tus ojos? Dímelo, dímelo; porque me parece que me ibas á hacer la descripción exacta.... A ver, á ver, como son esas casas: cuéntame, cuéntamelo todo; yo necesito también abrir los ojos y venir á aprender á la capital lo que nunca soñé en mi juventud ni en mi pueblo. Vamos á ver que tan instruído estás en esos pormenores del lujo de las mujeres malas. Creo que el Sr. Gutiérrez te ha dado más que informes verbales. El Sr. Gutiérrez me parece un hombre *muy instruído* en esa clase de negocios, agregó D.<sup>a</sup> Candelaria con visible sarcasmo. Sí, *muy instruído*, y como es tu corresponsal, quiere tenerte grato y... y no me faltaba más sinó que mi marido se me volviera ahora calavera al cabo de la vejez! exclamó D.<sup>a</sup> Candelaria levantándose de su asiento, y con creciente ansiedad y

vehemencia continuó: Ahora caigo en cuenta: tú me dices que si no me figuro el atractivo que una mujer de esas debe tener para un joven de veinte años; y por cierto que me lo dijiste con tal entusiasmo que ya estoy por creer que no sólo para los jóvenes de veinte años tienen atractivo esas mujeres, sino para el Sr. Gutiérrez y para tí, á pesar de sus años. Ya lo ves, Trinidad, para eso hemos venido á México, exclamó D.<sup>a</sup> Candelaria llorando. Con razón le tenía tanto horror al ferrocarril, porque por los ferrocarriles es por donde vienen todas esas cosas, todas esas mujeres y todas esas prostituciones de la mentada civilización de las capitales como México. Bien haya mi pueblo, mi pueblo rabón, pero honrado y tranquilo, donde no hay esos quebraderos de cabeza, ni los maridos hacen llorar á sus mujeres como aquí. Vámonos, Trinidad, vámonos á nuestro pueblo.

—¡Válgame, Dios, mujer! contestó Don Trinidad después que hubo dado tiempo á su mujer de enjugar sus lágrimas. Mira por

dónde la has tomado; cuando aquí no se trataba sino de que conocieras los peligros á que nuestros hijos están expuestos en la capital. De esta manera no vamos á entendernos nunca, si el sólo hecho de que te hable de ciertas cosas da margen á tus celos, y resulta que vamos á ocuparnos de nosotros en vez de ocuparnos de nuestros hijos, que era de lo que se trataba.

—Bueno; pero si tú no te expresaras con tanta vehemencia acerca de esas mujeres y me salieras conque, si vieras qué camas! Cómo es eso de si vieras? Eso lo dice uno cuando lo ha visto y yo estoy segura de que tú no hubieras dicho *si vieras!* si no fuera porque tú has visto las camas.

—Escúchame con calma, y verás como eso nada tiene de particular.

—Cómo que no tiene?

—No, nada absolutamente.

—Ver las camas?

—Sí.

—Habrás visto!

—Claro es que no tiene eso nada de ma-

lo, mujer, supuesto que las camas se pueden ver desde la calle.

—Desde la calle!

—Sí, Candelaria. Eso nada tiene de particular.

—Cómo no ha de tener, Ave María Purísima!

—Todo el mundo puede verlas.

—Quiere decir que yo puedo verlas también?

—Ya se ve que sí.

—Y así las viste tú?

—Y no de otra manera.

—Cuéntame, como ha sido eso?

—Es muy sencillo: iba yo la otra noche con el Sr. Gutiérrez.

—Qué tal! No lo dije? ese Sr. Gutiérrez sabe hasta donde penan las Animas, y de seguro él te ha llevado á proporcionarte el placer de satisfacer tu curiosidad acerca de las....

—No ha sido él ni nadie. Escúchame con calma, porque de otro modo no nos entendemos. Ibamos el Sr. Gutiérrez y yo

por cierta calle, cuando me llamó la atención el lujo de una casa baja, cuya ventana estaba abierta; me paré á ver un hermoso ropero de tres lunas, y una cama de latón con colgaduras. El Sr. Gutiérrez me tiró del brazo, sin permitirme que prolongase mi observación. No podía comprender aquello, y al pronto me pareció que estaría yo cometiendo una indiscreción de payo, parándome á mirar la casa de algún personaje de respeto. Vámonos, Sr. D. Trinidad, me dijo. ¡Qué hermosa cama y qué suntuoso guardaropa, le dije: ¿no ha notado V? Y el Sr. Gutiérrez insistiendo en separarme de la ventana, me dijo al oído: No es bueno que nos vean aquí; esa es una casa mala.—¡Casa mala! exclamé. No se habrá V. equivocado Sr. Gutiérrez? No, no Sr, me contestó, es una casa de mala fama.—¡Tan lujosa!—Precisamente ese lujo es el que la denuncia, porque la renta y el local no están en relación con el menaje.—Me deja V. asombrado, Sr. Gutiérrez, y debo creerle á V. puesto que

es V. de la capital y conoce todas esas cosas. He aquí como te puedo dar razón de las camas y de los roperos de esas....

—Bueno, te creo; pero....

—Pero qué....

—Ya sabes que las mujeres somos curiosas.

—Quieres ir á ver.

—Y por qué no? Vamos tú y yo solos, sin que nadie lo sepa, y como no se trata más que de pasar, pasamos y vemos con el rabo del ojo.

Al ver que D. Trinidad vacilaba, exclamó D.<sup>a</sup> Candelaria en tono suplicante:

—Sólo así quedaré tranquila, sólo así me convenceré de que tú has visto esas cosas nada más desde la calle.

—Si te empeñas.

—Sí, enteramente.

—Entonces, vamos.

—Es buena hora?

—Yo pasaría á eso de las siete.

—Bueno, son las seis y media. Les dire-

mos á las muchachas que vamos á una visita, y que volveremos pronto.

—Enhorabuena.

—Vamos.

—Vamos.

Y D. Trinidad salió con su mujer del Hotel Central, no queriendo decirse ni á sí mismos que salían con la sana intención de conocer las casas de *esas señoras*.

